

JENS BARTELSON, *Visions of World Community*, Cambridge University Press, Cambridge, New York, 2009. 215 páginas.

La *comunidad mundial* es un concepto con larga tradición en la historia del pensamiento político que sigue manteniendo su vigencia en nuestros días. En *Visions of World Community*, Jens Bartelson recorre diferentes teorías y creencias sobre la comunidad mundial, analizando las condiciones para que dicha comunidad sea posible, siendo la suma de todas estas condiciones lo que el autor denomina “the social ontology of world community” (p. 10). El concepto de *comunidad mundial* ha estado marcado por las diferentes cosmovisiones del mismo, las que, a su vez, han estado determinadas por cambiantes concepciones históricas.

Bartelson aclara que al escribir el libro se basó más en la intuición que en la convicción. Es así que sus fuentes no fueron necesariamente las más populares entre los estudiosos del pensamiento político internacional, aunque algunos de los autores citados a lo largo del texto resulten bastante familiares, como son Dante Alighieri (1265-1321), Giambattista Vico (1668-1744), Immanuel Kant (1724-1804), Antonio Ashley Cooper, Conde de Shaftesbury (1671-1713) o Fray Bartolomé de Las Casas (1484-1566). Tal y como él mismo expone, recurrió a autores y textos con los que compartía puntos de vista, como que las comunidades no tienen por qué estar enmarcadas en un espacio limitado por fronteras o el cuestionamiento de una autoridad central como garante del orden político (p. IX).

Para Bartelson que el concepto de *comunidad mundial* tenga sentido en un mundo como el actual, secularizado y constituido por naciones-Estado soberanas, es difícil por el propio surgimiento del concepto de *comunidad* ligado a la idea de nación. Esto supuso que la identidad de las diferentes comunidades se definiera en términos de igualdad y diferencia. Para las Ciencias Sociales la identidad de una comunidad política dada requiere que sea diferente de otras comunidades similares: “La mismidad presupone a la otredad, y la identidad presupone la diferencia”¹. Esta identidad que convierte a los individuos iguales a unos, al tiempo que distintos de otros, dificulta sobremanera la posibilidad de una comunidad de todos los hombres.

Bartelson coincide en varios puntos con Norbert Elías (1897-1990), aunque no lo mencione en el texto, posiblemente porque sus fuentes son más políticas que sociológicas. Señalaba Elías que:

El compromiso expresado con el empleo del pronombre ‘nosotros’ suele adquirir su máxima intensidad cuando este remite a la familia, la población o región de residencia y la pertenencia a un Estado nacional. La carga emocional de la identidad del nosotros decrece cuando se trata de formas de integración posnacionales...La función del plano de integración superior, la humanidad, como unidad referencial de la identidad del nosotros es quizá cada vez

¹ “Sameness presupposes otherness, and identity presupposes difference” (p. 43).

más importante...pero para la mayoría de la gente el papel de la humanidad como marco de referencia de la identidad del nosotros es prácticamente nulo².

En una época como la actual en la que los flujos de información y de personas han debilitado la homogeneidad de las comunidades políticas, las nociones tradicionales de identidad política se han hecho más difíciles de sostener (p. 8).

La creación de la identidad definida en términos de *nosotros* frente a los *otros* genera tensión entre la concepción de una comunidad humana particularista frente a otra de carácter universalista. Para resolver esta tensión, Bartelson habla de la necesidad de una teoría de la identidad política que haga hincapié en aquello que es igual en todas las comunidades políticas, destacando de lo universal y lo particular aquello que los involucra mutuamente más que aquello que los enfrenta (p. 9).

Una comunidad de todos los hombres solo tendría sentido en caso de que existiera una amenaza real que pusiera en jaque la existencia de toda la humanidad. Para el autor sueco problemas como el cambio climático o la sostenibilidad podrían ser considerados como tal (p. 182). Pero también deja claro que la dialéctica entre *nosotros* y *ellos* es propia de comunidades individuales, mientras que la identidad de la comunidad mundial se basa en la idea de que la humanidad como un todo constituye una colectividad singular en virtud de

compartir un conjunto de capacidades naturales así como un hábitat común (p. 171).

Al situar diferentes concepciones históricas de la comunidad mundial en el contexto de las cambiantes creencias cosmológicas, Bartelson espera demostrar que la idea de comunidad mundial equivalió una vez a configurar el pensamiento y la acción política. Por lo tanto, no solo fue anterior sino que también condicionó la emergencia de las modernas formas de comunidad delimitadas por fronteras. Tales fronteras dificultan ahora el dotar de sentido a una posible comunidad mundial, ya que impiden que una comunidad pueda ser totalmente inclusiva (p. 19).

Es el hecho de que el concepto de sociedad siga siendo entendido en términos territoriales lo que hace difícil explicar el carácter tan peculiar de una sociedad global (p. 21). A esto se suma la ausencia de una cultura global y la falta de una memoria histórica común, que hacen que la comunidad mundial sea difícil de conseguir, aunque siga siendo una aspiración válida. Aquí volvemos a encontrar un punto de enlace entre Bartelson y Elías. Para el sociólogo alemán “la creciente integración de la humanidad...intensifica la impotencia del individuo en relación con lo que sucede en el plano superior de la humanidad”³. Por eso, si queremos dotar de sentido al concepto de comunidad mundial debemos entenderlo como algo más que la suma total de sus partes, como ya propu-

² Norbert ELÍAS, “Cambios en el equilibrio entre el yo y el nosotros”, en *La sociedad de los individuos: ensayos*, ed. de Michael Schröter, trad. de José Antonio Alemany, Península, Barcelona, 1990, p. 233.

³ Ibid., p. 191.

sieron los ilustrados en el siglo dieciocho. En este contexto, no deja de tener relevancia la afirmación de Elías cuando señala que “en nuestros días la unidad social que sirve de marco de referencia de muchos fenómenos de desarrollo y cambios estructurales no la constituyen ya los Estados particulares, sino la humanidad dividida en Estados”⁴.

Haciendo un recorrido que va desde las teorías sobre el origen divino del poder real a la teoría heliocentrista, pasando por el descubrimiento de nuevas tierras, Bartelson nos va enseñando cómo todo ello fue configurando las visiones y concepciones de la comunidad a lo largo de la historia.

En la Edad Media, la asunción de que la sociedad cristiana también constituía una sola comunidad universal a la que todos los seres humanos pertenecían, se vio sustentada por dos razones: primero, la pertenencia de todos los hombres y mujeres a una misma comunidad en virtud de ser descendientes de Adán y, en segundo lugar, por la definición de la Iglesia como una comunidad de creyentes, unidos por la sagrada comunión con Cristo (p. 48). Pero con el descubrimiento de nuevas tierras y la posibilidad de atravesar grandes superficies marinas, esta noción del mundo y de la comunidad habría de cambiar. La idea copernicana de que agua y tierra formaban una simple esfera con un centro de gravedad común ayudó a expandir la visión sobre la comunidad humana (p. 71). El origen común de los hombres y la pertenencia a la fe cristiana ya no se podían soste-

ner como razones únicas para justificar la comunidad universal ahora que eran descubiertos nuevos pueblos y grupos humanos.

Desde una perspectiva histórica, los avances científicos y cartográficos modificaron la comprensión del mundo y de la humanidad que lo habitaba. La cosmología medieval que concebía una humanidad unida a un *orbis terrarum* fue reemplazada por una nueva visión según la cual una humanidad dividida se dispersó sobre la faz terrestre de una *rotunditate absoluta*. Esta concepción será la que servirá más adelante para tratar de explicar y justificar la existencia de comunidades particulares dentro del amplio marco político y legal de las naciones e imperios (p. 46).

Bartelson destaca también la figura de Fray Bartolomé de las Casas y sus esfuerzos por ampliar la comprensión de la comunidad humana y de la humanidad en su conjunto, a la que condujo el descubrimiento del nuevo continente. Para De las Casas la comunidad es universal precisamente por ser diversa en su composición (p. 82). En palabras de Bartelson, De las Casas no niega las diferencias culturales entre los españoles y los indígenas, sino que más bien afirma el hecho de que “ser diferentes es lo que comparten en común”⁵. Así pues, la definición medieval de la humanidad en singular es reemplazada por una definición de la humanidad en plural (p. 84).

El mundo moderno estuvo marcado por la emergencia de naciones e imperios

⁴ Ibid., p. 188.

⁵ “*Being different is what they share in common*” (p. 82). En cursiva en el original.

que se construyeron a partir de concepciones universalistas de comunidad gracias a la nacionalización de un amplio espectro de símbolos y metáforas. Hugo Grotius (1583- 1645) y John Locke (1632-174) trataron de explicar el porqué de la división de la humanidad en diferentes comunidades, justificando al mismo tiempo la dominación de los pueblos no europeos, y legitimando así varias formas de colonialismo e imperialismo.

Como el propio Bartelson defiende, las teorías sobre la *comunidad global* han sido, en última instancia, ideologías defensoras del imperialismo y se han usado para justificar la expansión y el predominio de los valores occidentales (p. 2). La tensión entre concepciones universalistas y particularistas de la comunidad surgió cuando el concepto de comunidad fue nacionalizado (p. 88), encontrando dicho proceso su máxima expresión en el período inmediatamente posterior a la Revolución Francesa. Entonces, los revolucionarios tuvieron que crear una nueva legitimidad al haber quedado las viejas fuentes de autoridad y comunidad totalmente desacreditadas (p. 109).

En el siglo dieciocho surgieron nuevas ideas imperialistas que intensificaron la competición política y económica entre Estados (p. 115). Y es también en este siglo cuando predomina la perspectiva holística y secular del concepto, siendo los seres humanos considerados como tales precisamente en virtud de ser miembros de la humanidad.

Al final, la diversidad propia del género humano fue la razón última para criticar tanto el despotismo doméstico como la expansión imperial, por ser ambos contra-

rios a su voluntad (p. 140). Kant redefinió el espacio geográfico y el tiempo histórico de manera que hizo que el progreso hacia una comunidad mundial pareciera inevitable. Mientras la geografía proveía de los medios para integrar todo el conocimiento en un sistema coherente, la historia aportaba la explicación de su desarrollo progresivo.

Para Bartelson las comunidades humanas nacen de la interrelación de unos seres humanos con otros, no en el momento en que estos deciden asentarse en un mismo sitio. Por ello, las fronteras son restricciones arbitrarias para dicha interrelación. Las visiones de una comunidad mundial retan la manera en que la autoridad política y la comunidad han sido convencionalmente concebidas. Hoy, tanto los Estados como los imperios compiten por conservar su autoridad sobre la humanidad al mantenerla dividida en distintos pueblos y civilizaciones. Pero las nuevas cosmovisiones sobre la fragilidad del hábitat humano enfatizan la necesidad de sobrepasar estas divisiones por el bien de un desarrollo sostenible, aprovechando que las interrelaciones humanas a escala global nunca han sido tan fáciles como ahora.

El texto de Bartelson resulta interesante en tanto que presenta un recorrido histórico por las diferentes teorías políticas europeas que forjaron el nacimiento y la justificación del Estado moderno. Pero se echa en falta una teoría más rompedora que se espera y anticipa desde el inicio del libro. Remitirnos a los autores y a los textos que han dominado en la teoría política de tales Estados no deja de ser una experiencia limitadora, que no deja margen para visualizar una solución drástica a los problemas globales que acucian a

los ciudadanos de todo el mundo y que ya no son exclusivamente de carácter ecológico, como evidencia la actual crisis económica y el consecuente desprestigio de

las instituciones políticas y sus representantes.

VALENTINA ORTIZ